

“LOS NIÑOS DE RUSIA”

Casi tres mil niños españoles han llevado este título, “Niños de Rusia” durante toda su vida, más allá de dónde y cómo vivieron. Este fue el sello que nos marcó como colectivo con lazos indisolubles entre nosotros, por lo que vivimos, por lo que sufrimos, pero también por los intensos momentos de felicidad que compartimos gracias a la solidaridad del pueblo ruso. Indisolubles porque, para ser precisos, aunque hablemos en primera persona del plural, realmente son pocos los protagonistas de este suceso histórico que el inexorable paso del tiempo perdona y dificulta nuestra actividad en demasiados casos. “Nosotros” somos los cerca de ciento cincuenta niños y niñas que pervivimos en este mundo, pero también lo somos sus descendientes y amigos, los cuales nos seguimos considerando miembros de esta gran familia compuesta por unos vínculos indestructibles y que nos hace sentirnos tan próximos a los versos de Carmen Castellote.

LA EVACUACIÓN.

Durante la Guerra Civil española en las zonas leales a la Segunda República en riesgo de caer en poder del ejército franquista, las autoridades organizaron diversas evacuaciones de niños cuyo objetivo era salvaguardarlos del hambre, de las bombas y, frecuentemente, de la orfandad o la separación familiar que había ocasionado la situación bélica. Hasta ese momento no se tienen noticias de una emigración de menores de tamaño envergadura, puesto que fueron unos 37.000 los que fueron evacuados a diferentes países: Francia, Bélgica, México, Argentina o Unión Soviética.

Este último país fue el destino de seis expediciones, que iniciaron su viaje desde distintos lugares y en distintos momentos. Las más numerosas fueron las que partieron del País Vasco desde Santurce, el 13 de junio de 1937, y la de Asturias desde Gijón, el 23 de septiembre de ese mismo año.

Las circunstancias de cada evacuado fueron muy diversas. Cuando fue posible se hizo con la autorización de sus padres, pero en otros casos los niños no contaban ya con estos o la guerra les había separado de sus familias. El gobierno republicano procuró realizar estas expediciones organizadamente. En la mayoría de los casos se realizó una ficha completa que incluía la fotografía del menor, sus huellas dactilares y los datos de los padres (muchas de estas fichas se conservan en los archivos del País Vasco y de Salamanca). Los menores que emigraron contaban entre los cinco y los trece años, aunque hubo excepciones de menor o mayor edad, y siempre estaban a cargo de un buen número de cuidadores y docentes.

Son desgarradoras las imágenes que se conservan, ya sean fotografías o filmaciones, de las despedidas en los puertos: la angustia en los ojos de los adultos y el desconcierto en los de los niños.

En ese momento todos querían pensar que no sería por mucho tiempo; sencillamente, hasta el fin de la guerra. Sin embargo, en el caso de los que fueron a Rusia, su regreso se

prorrogó por décadas. Casi ninguno de esos niños volvería a ver a los miembros más vetustos de sus familias y, en muchos casos, tampoco a sus padres –aquellos que todavía los conservaban a su marcha–. Carmen Castellote, al recordar a su abuelo, escribió unos hermosos versos: “Llegó hasta él mi imagen nueva/ y él respondió con lágrimas muy viejas”, en los que podrían verse reflejados tantas de aquellas niñas y niños. Aunque hubo algún que otro colectivo que también estuvo separado de España por mucho tiempo –como los niños de Morelia en México–, el de los “Niños de Rusia” se convirtió en un caso único en la historia, debido a su elevado número y porque al querer evitarles la Guerra Civil, sufrieron las vicisitudes de la Gran Guerra Patria –tal como la llaman los rusos–; esto es, la guerra de Rusia contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

LA LLEGADA A LA URSS

La recepción de los niños es recordada por sus protagonistas en numerosas ocasiones con emoción: bandas de música, miles de pioneros y konsomoles vitoreándolos y pancartas en las que podía leerse: “Vivan los hijos del heroico pueblo español”. Algunos de ellos rememoran irónicamente lo fácil que era interpretarlas como: “Vivan los heroicos hijos del pueblo español”, y así sentirse grandiosos.

Los menores fueron distribuidos en colonias y centros por varias de las repúblicas soviéticas, donde permanecieron en régimen de internado. Muchos de los edificios que los albergaron habían sido palacios rehabilitados expresamente con ese fin. Esas colonias siempre fueron conocidas no como “internados” o “residencias”, sino como “Casas” porque ese sentimiento de hogar es el que percibieron. “Casas” donde se sintieron protegidos. “Casas” donde fueron alimentados. “Casas” donde recibieron enseñanzas. “Casas” donde compartieron juegos, riñas, lloros y risas, con sus compañeras y compañeros –su “otra familia”– para el resto de sus vidas. Una etapa feliz si no fuera por la separación de sus seres queridos: “Nos espera otro tren, el de la otra ausencia” como indica este verso de Carmen Castellote.

Siempre se mantuvo un rasgo común: conservaron su cultura y su idiosincrasia. Hasta los más pequeños, los que apenas hablaban su idioma natal, lo mantuvieron y continuaron desarrollándolo. Es cierto que algunos llegaron, en algún momento, a hablar igual o mejor el ruso que el español, aunque el peso cultural era tan sólido que después lo recuperaron rápidamente.

Sus maestros fueron los responsables del mantenimiento de su identidad, ya que cuidaron la base cultural y el amor por los escritores, músicos y artistas españoles. Leían a los clásicos del Siglo de Oro, a los autores de la generación del 98 y del 27 –de esta última muchos con frecuencia también exiliados–, representaron obras de teatro y tocaron músicas regionales y zarzuelas. Aunque también estudiaron a los artistas y escritores rusos (Pushkin despertó admiración en todo el colectivo, al igual que lo hizo entre los ciudadanos soviéticos)

Carmen Castellote y su hermano Ricardo partieron juntos de Santurce. Fueron enviados a la casa de Jerson, en Ucrania. Precisamente un aristocrático edificio que, a la llegada de los niños, además de “Casa”, fue sanatorio para los que llegaron débiles o enfermos. En esta fueron maestras españolas Conchita Menéndez, Leonor Martín, Martina Tobías, Victoria Martínez y Pilar Guruzeta, entre otras. Allí recibieron, simultáneamente, educación en ruso de forma bilingüe. Antón Vasilyevich fue su director y Lohnovskaya, una de sus profesoras. De ella se conserva el siguiente texto: “Creo que ni un solo habitante quedó indiferente. Todos querían ver a los niños, mostrarles cariño, darles calor de su corazón [...] Se organizó un taller de trabajos manuales para los más pequeños. A los niños les gustaba mucho trabajar con arcilla, papel, jugar al aire libre y juegos de mesa, pasear, observar la naturaleza, el río; cada niño podía encontrar algo de su agrado y deseo. Para los mayores se organizaron de costura, bordado, tejido, clubes deportivos, fotografía, tiro y código morse, así como talleres de cerrajería y carpintería”.

Este relato puede constituir un ejemplo de la experiencia de estos niños en el resto de estas “Casas”, por su similitud con otros testimonios. Y puede dar una idea del porqué los protagonistas coinciden en recordar esa etapa como un tiempo de felicidad, aunque siempre con el amargo poso de la ausencia de sus seres queridos tan lejanos, y su permanente nostalgia por España. Por eso, otro rasgo compartido es el de la gratitud a sus enseñantes que, en muchos casos, les acompañaban desde España. En la expedición asturiana, por ejemplo, el llamado “maestro de maestros”, Pablo Miaja, quien ya contaba una avanzada edad y era un prestigioso docente, no dudó en responsabilizarse de más de mil niños, junto con un grupo de cuidadores y con su mujer, doña Enriqueta, quien es recordada como una madre y consejera, sobre todo, para las niñas. Al igual ocurrió con varias decenas de enseñantes vascos.

LA OTRA GUERRA, LA GRAN GUERRA

En junio de 1941 los alemanes invadieron la Unión Soviética. El 19 de agosto la proximidad de las tropas alemanas motivó que se diera la orden de evacuación del centro antes referido. “Tengo que dejar el juego para huir”, dice en uno de los poemas Castellote. Al no haber transporte caminaron hasta la estación de Prokhladnaya. Desde allí debieron emprender de nuevo camino hacia el este, cruzar el mar Caspio para recorrer Uzbekistán, Kazajistán y llegar, finalmente, a Tundrija, en Siberia. Un trayecto impresionante. En esa lejana aldea, tanto niños como profesores, se integraron en el trabajo comunitario agrícola. Nunca dejaron de estudiar, aunque muchas veces las clases debían recibirlas sin salir del abrigo de la cama, bajo las mantas. Cuando en 1944 emprendieron el camino hacia Moscú los aldeanos los despidieron entre lágrimas. Otros llegaron hasta la lejana Samarkanda o Saratov y otros lugares alejados del frente, pero no del hambre y del frío (“¿Cómo cabemos en tal cerrado frío?”, escribe Castellote al recordar aquellos días trágicos de resistencia y lucha por la supervivencia). En el Leningrado cercado por la batalla, las casas de niños sufrieron el terrible bloqueo y algunos de ellos murieron de hambre, como tantos cientos de miles de leningradenses, o

por enfermedades. Meses después consiguieron rescatarlos, en camiones sobre el hielo de Ládoga: “el camino de la vida”, como fue llamado.

Los que llegaron en 1937 con doce o trece años, cuando comenzó la invasión, ya estaban en las casas de jóvenes. Muchos de ellos se enrolaron como voluntarios para combatir junto a los soviéticos, incluso falsificando la edad para que les aceptaran. Varias decenas de ellos murieron en los combates sobre todo al norte de Leningrado, en Karelia. Y unos cuantos fueron hechos prisioneros y sufrieron los devastadores campos de concentración nazis.

Cuando los alemanes retrocedieron y cruzaron la frontera en retirada, la gran mayoría de los niños españoles fueron llevados a Moscú. Muy poco a poco, entre grandes penalidades, el hambre fue quedando atrás. Continuaron los estudios que nunca abandonaron y comenzaron la vida laboral, casi siempre con altos grados de cualificación gracias al apoyo de becas y ayudas, además del propio esfuerzo forjado por una vida difícil aun siendo tan jóvenes.

Aunque la integración en la sociedad soviética era total, desde el punto de vista ciudadano y laboral, la identidad y arraigo de su origen no solo no se fue difuminando, sino que con el tiempo se reforzó y nunca perdieron los vínculos de amistad y amor entre ellos. Por supuesto que hubo matrimonios mixtos con rusos y rusas y de otros países –como el propio de Carmen con un joven polaco– pero, en una gran parte, las parejas y matrimonios fueron entre españoles.

El sentimiento identitario forjó un amplio movimiento de retorno entre muchos de ellos. Esto provocó el recelo tanto en las autoridades soviéticas como en el gobierno franquista. Tras la muerte de Stalin, este movimiento se intensificó y, en 1956, se suscribió un convenio auspiciado por la Cruz Roja Internacional entre la URSS y España para posibilitar la vuelta de los que así lo desearan y el reconocimiento de su nacionalidad española.

RETORNO Y DIÁSPORA

A lo largo de 1956 y 1957 llegaron a España, en seis expediciones por barco, más de dos mil seiscientos exiliados. No todos pertenecieron a aquellos niños de la guerra, también volvieron muchos de los adultos que recalaban en la URSS tras perder la Segunda República la Guerra Civil en España. Muchos llegaron con hijos y, a veces, parejas mixtas. En este último caso, el marido debía ser de origen español y la esposa soviética. Al revés no, ya que las autoridades de la URSS no permitieron el viaje a aquellas parejas formadas por un marido soviético y una esposa española. De ser así, si ella quería volver, debía hacerlo sin su cónyuge.

Sin embargo, la ilusión del retorno fue agrídulce. Atrás quedaban amigos que eran como hermanos y también los propios hermanos de sangre. Noviazgos y matrimonios partidos. El desgarró era inevitable, para los que decidieron quedarse y para quienes se fueron.

Estos retornos no fueron los primeros, aunque si los más numerosos. Más de una década antes, en 1942 y 1943, ya habían llegado repatriados decenas de los que habían sido hechos prisioneros por los alemanes. Si fue dura la vuelta en 1956 y 1957, peor lo había sido para estos, ya que no contaron con cobertura alguna en el contexto de la inmediata posguerra, provenientes de un país considerado enemigo por la dictadura franquista y, todavía, con la División Azul en el combate como parte del ejército alemán por aquellos lugares. Incluso esas expediciones del 56 y 57, a pesar de venir bajo la protección del convenio antes referido, debieron pasar sistemáticamente por interrogatorios de la policía y de la CIA, que desplazó a agentes puertorriqueños para tal fin.

Los que regresaron vinieron con altos grados de formación, titulaciones universitarias, experiencia técnica y de trabajo cualificado. Aunque los acuerdos regulaban el reconocimiento y equiparación de los títulos, las homologaciones se concedieron con cuentagotas o, definitivamente, no llegaron. Entre los profesionales se encontraron centenares de mujeres, entre ellas médicas, ingenieras, profesoras, enfermeras, químicas, agrónomas... Muchas no pudieron ejercer sus profesiones y debieron retornar a sus pueblos de origen. Padedieron el ostracismo en una sociedad en la que, por aquel entonces y con demasiada frecuencia, un amplio sector rayaba el analfabetismo, especialmente entre las mujeres. De esta forma, gran parte de las autoridades y los medios de comunicación pusieron a aquellos retornados bajo sospecha. Valgan algunos ejemplos:

- *“Los menores expatriados en 1937 que lo fueron a la fuerza o engañados [...] enviados a la Unión Soviética, dada la infrahumana educación recibida [...] ya habían dejado de ser criaturas humanas, para convertirse en desalmados entes soviéticos. (El Correo Español-El Pueblo Vasco, como recoge el número 2 de Rastro de la historia).”*

- *“Te acompaño relación de españoles repatriados de Rusia correspondientes a la primera expedición con el fin de comprobar sus domicilios actuales, conocer todas sus actividades, contactos que sean, desenvolvimiento laboral en esa provincia. Deberás cumplimentar, tanto para esta expedición como para las sucesivas, las órdenes reservadas que se especifican en el dossier que se acompaña. Queda claro que debéis utilizar para este menester aquello que vosotros creáis oportuno sin ningún tipo de consideración a esos rojos llegados del infierno ruso.” (Informe firmado el 16 de octubre de 1956 por “El Jefe Nacional del Servicio, Sergio Cifuentes, al Camarada Inspector Regional de Falanges del Norte”, con un sello estampado que indica “SECRETO”)*

En este ambiente se produjo la represión contra algunos de ellos, que fueron apresados y sufrieron torturas y malos tratos acusados de subversivos. La “familia” de los repatriados reaccionó solidariamente y se atrevieron, incluso, a escribir una carta a Franco en la que protestaban contra esas detenciones y exigían su puesta en libertad:

“Como quiera que estos compañeros detenidos son personas sumamente honradas y de conducta intachable, no podemos menos de llegar a la conclusión de que tal medida constituye una nueva arbitrariedad, tras las muchas de que injustamente

venimos siendo objeto los repatriados de la Unión Soviética, desde el primer día de nuestra llegada a España [...] Nuestra correspondencia privada es intervenida, constantemente [...] Todo este desconocimiento de nuestros derechos de españoles, parece tener su coronación en las fehacientes detenciones y malos tratos dispensados a nuestros compañeros. Ante estos hechos, que nos han llenado de indignación, nosotros, obreros, técnicos, ingenieros, economistas, médicos, agrónomos, todos repatriados de la Unión Soviética y residentes en España, levantamos nuestra más enérgica protesta y nos dirigimos a su Excelencia, en petición de fin a los abusos que se vienen cometiendo con nosotros, y pidiéndole, ante todo y sobre todo, la justa e inmediata libertad de todos nuestros compañeros detenidos...”

Aunque la firmaron más de doscientas personas, la respuesta por parte de las autoridades franquistas fue la de realizar más detenciones.

Con todo lo sucedido, antes de finalizar 1962, más de una tercera parte regresaron a la URSS y otros emigraron paulatinamente a otros países, incapaces de adaptarse a la España franquista. Los que se quedaron salieron adelante, unas veces mejor, si pudieron contar con un sólido apoyo familiar o recibieron la convalidación de sus titulaciones, y otras veces con tesón y mucho esfuerzo.

A partir de los años sesenta se produjo una diáspora en el colectivo de los “Niños de Rusia” –que siempre conservaron esa denominación por más que fueran adultos, incluso más tarde siendo ya ancianos– desde España hacia otros países europeos, aunque también a Argentina, Santo Domingo y otros lugares. Desde Rusia muchos se marcharon a Cuba, tras la revolución, en calidad de traductores de los técnicos rusos o como profesionales; también lo hicieron con destino a Polonia, Checoslovaquia, Hungría... Lógicamente, los núcleos más numerosos siguieron siendo los de Rusia y España, pero fueron decenas los países a los que estos llegaron y donde, en ocasiones, lograron rehacer sus vidas. En estos países permanecieron frecuentemente sus descendientes.

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS “NIÑOS” A LA SOCIEDAD

Del nivel educativo que recibieron estos niños dan muestra estos datos estadísticos: con enseñanza universitaria superior: 1056; con enseñanza universitaria media: 417; Tejnikum (Formación Profesional): 1114.

Pero este hecho lo evidencia, sobre todo, la gran cantidad de los que destacaron en sus profesiones. La primera ingeniera en ejercicio de España fue una de las niñas de Rusia: Araceli Sánchez. Resultaría interminable citar a todos los destacados, pero es inevitable hacerlo con Ángel Gutiérrez, director de teatro que aún imparte su asesoramiento y cuyo reconocimiento entre las gentes de la profesión es absoluto; la escultora Conchita Rodríguez, ya que cualquier ciudad en Rusia se disputa y desearía contar con sus obras, que embellecen muchas de aquellas poblaciones; Vicente Moreira el escultor que creó la estatua del “Niño” en el Arbeyal de Gijón en recuerdo de la expedición que salió del Musel y que es el logotipo de la asociación que se honra en firmar este texto; su

hermano Ramón Moreira, pintor; José Fernández, escritor, traductor y bibliotecario, cuya memoria entre los profesionales cada vez es más reconocida; y otros que, gracias a su sólida formación, sin ser escritores, tomaron la pluma, ya de mayores, para que sus descendientes supieran su historia, gracias a lo cual el resto tenemos la suerte de poder conocer su imprescindible memoria, excepcional para la historia: Nieves Cuesta, Manuel Arce, Virgilio de los Llanos Mas, Isabel Argentina, Ángel Belza, Bernardo Clemente del Río y la propia Carmen Castellote, que nos han dejado sus libros publicados.

Respecto a esta última, y ahora que, de forma breve y prosaica hemos relatado una pequeñísima parte de lo que significan y son los “niños de Rusia” para nuestra historia y nuestro presente, invitamos a los lectores a que continúen profundizando en su relato a través de los sentimientos, el recuerdo y la belleza de los poemas de Carmen Castellote.

Pablo Fernández-Miranda

en nombre de la **Asociación Niños de Rusia**